

MARÍA EN EL CAMINO SS.CC.

El nombre y la espiritualidad de nuestra Congregación habla de *dos Corazones*: el de Jesús y el de María. Sin embargo, la figura y sobre todo el papel de María en el misterio de Cristo, como lo ha reconocido la Iglesia desde muy pronto en su larga historia, quedan más a la sombra en nuestro camino, al menos en nuestro discurso habitual. En cierto modo, eso es coherente con los datos de la Biblia. En ella María irrumpe sólo en el Nuevo Testamento y, dentro de sus libros, sólo es mencionada en los cuatro Evangelios, y apenas en los Hechos de los Apóstoles, en la Carta a los Gálatas y en el Apocalipsis. En total, catorce menciones de María de Nazaret, la Virgen Madre de Dios. Proporcionalmente no hay comparación alguna con la maciza presencia de Jesucristo en los mismos libros. Pero, claro, esta consideración cuantitativa no responde suficientemente a la pregunta acerca de la significación de la Madre de Jesús en nuestra espiritualidad de los Sagrados Corazones y el espacio real que le damos en nuestra oración y en nuestra vida.

¿Es un asunto puramente devocional la unión del corazón de María al de Jesús, casi como para no olvidar a la Virgen, tan presente y tan característica en la espiritualidad del mundo católico?

El mes de María nos motiva, año a año, a volver la mirada de fe a esa mujer extraordinaria, pero tan sencilla y “quitada de bulla” en la historia de la salvación. Tan extraordinaria, que es imposible describir la persona de Jesús, o elaborar una cristología, sin referirse a María. Podrá uno tener mayor o menor devoción a ella, pero no se puede soslayar su importancia, que es grande.

María de Nazaret revela un rostro de Dios, su rostro femenino y materno, pero sobre todo encarna valores y actitudes ejemplares para la vida cristiana. Ella pertenece esencialmente al proyecto liberador de Dios, quien, para encarnarse, para hacerse ser humano de verdad y asumir la humanidad concreta e históricamente, necesitaba nacer como todo ser humano, de una mujer. María fue la persona elegida para ser la madre del Hijo de Dios. Sobre ella, una joven y sencilla mujer israelita, no perteneciente a la élite social, ni económica, ni religiosa de su tiempo, descansó la mirada del Padre para hacerla milagrosamente madre de Jesús. Y ella, por una fe simple, confiada, generosa, sin doblez, aceptó la elección y, con ello, un destino incierto que, con los años, fue además desconcertante y doloroso.

Los cristianos de la primera hora fueron conscientes de ese papel extraordinario que María tuvo en la vida de su Maestro y Señor Jesús. Por eso, pese a la centralidad de Cristo en todo el Nuevo Testamento, la Virgen María ya aparece como una pequeña luna, girando discretamente en torno al sol, en algunas de sus páginas. Y explica, de paso, que la veneración de la Virgen apareciera muy pronto en la Iglesia naciente. Se han descubierto antiquísimas ruinas en Palestina que permiten suponer, en lugares como Nazaret o junto a la cueva de Belén donde nació Jesús, un primer destello de veneración; se han hallado invocaciones y oraciones, e incluso un fresco de la Virgen, en las catacumbas romanas; se remonta probablemente al siglo III una de las primeras oraciones que la invocan como “Madre de Dios” (*theotókos*); y a partir del concilio de Éfeso (431 d.C.) su culto, ya reconocido, se expandió por las iglesias de la época.

Es imposible separar a la Virgen María del misterio de Jesús. Su “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38) hizo posible que Dios se encarnara en su vientre y viniera al mundo como un ser humano más. Por su fidelidad dejó al hijo amado entregarse a una misión desconcertante y peligrosa, que lo llevó a la muerte más ignominiosa y cruel que se podía entonces sufrir, y lo acompañó con serena perseverancia hasta el fin (Jn 19, 25-27). Por su discreción dejó que el hijo creciera y se entregara a su misión, pese a ser tildado de loco y a ser resistido por los poderosos de su pueblo,

manteniéndose siempre a la sombra del hijo, como había hecho Juan Bautista. Por su fe creyó en la resurrección de Jesús y perseveró en la oración junto a la comunidad de los primeros creyentes, cuando Cristo ya había ascendido al cielo (Hch 1, 14).

Por eso, unir el corazón de María al de Jesús no es una simple cuestión devocional, sino que brota de la conciencia espiritual y teológica de siglos de cristianismo sobre el rol de la Virgen en el misterio de la salvación, al que se halla estrechamente asociada por su elección y sus actitudes interiores. Si bien es natural que haya sido en el corazón de Jesús donde inicialmente, al menos desde el siglo XII, cristalizó la corriente de espiritualidad que veía en él la misericordia y humanidad de Dios, no extraña que en el desarrollo de esa devoción haya ido adquiriendo también cada vez mayor relieve el corazón de María, expresando así la conciencia de la íntima asociación de ella a su hijo en el plan de salvación, y cristalizando también en su corazón las actitudes humanas de fe y entrega confiada en Dios que hicieron posible la encarnación de la Palabra.

De allí que nuestros fundadores quisieran que la consagración a ambos Corazones representase su fin primordial, y que nuestra familia, consecuentemente, llevase el nombre de Congregación de *los Sagrados Corazones de Jesús y de María*. El rol de María en el misterio de Cristo enraíza nuestro carisma en lo hondo del plan de Dios para la humanidad, y el Corazón de María, como centro y raíz de sus actitudes interiores hacia Dios y hacia el prójimo, simboliza hermosamente el testimonio de la Virgen en el cristianismo. Pese a estar descrita en poquísimos textos bíblicos, la presencia de María nos habla suficientemente de la grandeza de esa joven, sencilla y fuerte mujer de Nazaret. Con razón es llamada la primera cristiana, o la cristiana perfecta. Su corazón y el de Jesús hablan de Dios; simbolizan para nosotros la intimidad de Dios, que se revela al ser humano en la trama vital de la historia como Padre-Madre de amor y de misericordia.

Guillermo Rosas ss.cc.